

seiscientos hombres, matando al que huía ó salía á los balcones, y los primeros muertos fueron: 1.º, el capitán D. José de la Higuera: 2.º, Fray Manuel del Rosario, religioso agustino sacerdote, de edad de 80 años: 3.º, Leandro Lopez, español viejo: 4.º, Juan Vítola, mulato zapatero: 5.º, Lázaro, mestizo zapatero: 6.º, en la plaza de armas, D. Mateo Vidrovo, sargento mayor: 7.º, el capitán D. Jorge de Algara: 8.º, el alférez vivo Diego Martín, quien con las manos hizo pedazos la bandera por no entregarla: 9.º, alférez reformado Juan Francisco: 10, el sargento primero, pardo libre: 11, el capitán Agustín de Torres, pardo libre: 12 y 13, otros dos soldados cuyos nombres ignoro; y al mismo tiempo iban abriendo á golpes y á hachazos todas las puertas donde se resistían, llevando toda la gente y familias á medio vestir á la plaza, hasta tanto que se abrió la iglesia, donde metieron los prisioneros; siendo lástima ver llevar de este modo á los sagrados religiosos y al clero; y juntamente llevando todo el tesoro que se hallaba en las casas, así en monedas y joyas como en plata labrada, que como había días se esperaba la flota; había mucho dinero y mercaderías para conducir á España, y estaba llena de grandes regalos y aves; y fué tan acelerada la interpresa, que jamás pudieron juntarse seis hombres, y á las nueve del día había mas de seis mil prisioneros en la iglesia, en cuya puerta estaba una compañía con bandera colorada: los independientes eran tres solemnes piratas que juntaron una armada de once embarcaciones con nueve piraguas, en que venían mil doscientos hombres: el general de ella para la mar se llamaba Nicolás Banoven, el almirante capitán Lorenzo, y por general de tierra venía Mr. Ramon, habiendo dicho Nicolás apresado por febrero los dos navíos de Honduras. Empezaron los prisioneros los fuertes enemigos de hambre y sed, y á perecer las criaturas: todo era horror, viendo al licenciado Gerónimo Jordan, presbítero, muy mal herido en la cabeza, y asimismo en la misma parte á un religioso sacerdote, viejo franciscano, y á persuasión las quimeras de los vecinos; y viendo las lástimas de las mugeres y los llantos de los niños que se secaban de sed y se morían de hambre, clamaban al cura vicario pidiese socorro: así lo hizo; y habiéndose determinado, llegó á la puerta á pedir licencia á los guardas para ir á hablar con el general, y allí los crueles hereges lo oprobieron diciéndole que si él era persona para ir á hablar con el general: mas en fin, fué donde á espensas de otros mayores oprobios y noramalas le fué concedido que entrase agua y bizcocho que empezaron á hacer con escasez, que obligaba á las gentes á arrebatar y sufrir muchos palos, golpes y heridas sobre el alcanzarlo, y aun todavía se pasaba con notable trabajo y hambre. Las mugeres pasaron muchos trabajos, porque su maldad no reservaba blanca ni prieta, doncella ni casada que á fuerza de su rigor no las llevasen á forzarlas, siendo este caso uno de los mas sensibles.

El miércoles por la mañana, despues que ya tenían en su poder todo lo saqueado, se resolvió el general á querer abrasar toda la gente dentro de la iglesia, para cuyo efecto trajeron barriles y cajones de pólvora, teniendo ayocadas para la iglesia las piezas de artillería de campaña, que siendo nuestras, no fueron para mas defensa sino es para que ellos tuvieran con qué ofendernos: aquí eran los llantos y los clamores de las mugeres, y en fin, todos con la muerte á los ojos no ha-

cíamos mas que pedir á Dios nuestro Señor perdon de nuestras culpas; acrecentándose mas el rumor con haber muerto dentro de la iglesia dos hombres que quisieron huir por una ventana, y otros dos trepando las paredes del cementerio, si bien que uno de los nuestros con una daga que se halló mató á un frances: esclamamos al general, el cual parece que se apiadó por entonces, porque se le dijo que aquel no era buen cuartel; con que pasamos de este susto este día aguardando otro, y mas cuando cada instante entraba un sayon nuevo con la cuchilla en la mano haciendo dos mil escacetos y escaramuzas, ya mirando á una parte, ya mirando á otra, cada momento un embuste, y todo con agua y bizcocho muy escaso que apenas lo gozaban todos.

Jueves, tercero día de nuestra prision, donde nos ahogábamos por la mucha gente, sacaron todos los negros y negras, mulatos y mulatas, llevándolos á los corrales de palacio á que sacasen el saqueo para los navíos, que fué bastantemente considerable, cargando cuantos cajones, bizcocho, harina, aceite y vino hallaban en tiendas y bodegas: dióse permiso á que los muchachos saliesen con botijuelas y jarros á traer agua, con lo que se mitigó algo la sed; mas en ellos no se acababa la que tenían de mas y mas tesoro, tanto que hubo otra peor revolucion, pues debajo del altar de San Cayetano un frances halló escondidos seis platillos; conque con esto que se vió escondido se dió motivo á registrar altar por altar, y vino un mulato rebelado mucho peor que los hereges, y quitó á la madre de Dios de Consolacion la corona; y aunque descubrió la cortina del Santo Cristo de Consolacion, no se atrevió á llegarle, pasó al sépulcro y le desclavó los tachonados serafines de plata á la caja y la colcha del Señor, abrió el cepo de las Animas y le sacó lo que tenía, y en fin todo lo registró: al santo Cristo de la Espiracion solo el clavo de los pies le quitaron: entró en la sacristía, donde se habían escapado (no por escondidos, sino por descuido de ellos) los ciriales y cruz parroquial, y se los llevaron; rompió el sagrario de San Sebastian, donde estaba la urna de plata que servía la semana santa, y se la llevaron: de aquí se originaron presunciones entre ellos de que mucho había escondido en las casas, y llamando á los ricos á palacio les empezaron á dar fuertes tormentos, como se los dieron al capitán Gaspar de Herrera, colgándolo de los testículos, de que estuvo para morir: viendo que los amos nada confesaban, cogieron á los esclavos para que confesasen, dándoles fuertes tormentos, y amenazándolos con la muerte, poniéndolos en medio de la plaza, como pusieron á un negro de Gaspar de Herrera (y lo mataron por fin) porque no confesó despues de haberle dado muchas cuchilladas y golpes: viendo pues que nada se resolvía, hizo cartel de sentencia el general, de que habían de traer cuanto leña hubiera en la ciudad en casas y tiendas, y había de abrasar toda la iglesia, teniendo á todos dentro, menos á los esclavos y mulatas. El cura vicario, viendo la última resolucion del general, dijo que él quería intimar en el púlpito la sentencia, para que el que tenía escondido declarase la cantidad y donde la tenía, con tal que les diese las vidas: vino en ello dicho general: con que entró el dicho vicario, y puesto en el púlpito prestaron todos silencio, intimó la sentencia rigurosa con tales razones y de tal modo y con tantas lágrimas, que movió á todos á ir declarando y manifestando

4
las prendas de oro y plata y dinero que habían ocultado; y viendo que muchos parece estaban remisos, y que todavía le parecía poco, subió segunda vez á pedir por amor de Dios nadie ocultase la menor cantidad; con que todos se fervorizaron, y en el coro se pusieron dos franceses y un escribiente, y en fin importó este segundo saqueo mas de 600D pesos; y no obstante, al general le pareció poco, y dijo: por esta cortedad les doy la vida; con que cesó esta revolucion del dia jueves en la tarde, que no el menor susto desde aquí juzgamos los mas piadosos; pero cada instante estaban de distintos pareceres: la noche de este dia nos hicieron poner en silencio, de suerte que con haber tanto número de mugeres, hombres y criaturas, no chistaba persona alguna, ni había quien quisiese menearse: aquí tuvimos otro susto, que fué venir uno de los nuestros á decirnos que el hacernos callar era para degollarnos: con esto no había quien durmiese, sino aguardando por horas nuestro último dia: tuvimos de guarda un gran borrachon frances que estuvo hablando dos mil desatinos: de esta suerte padecimos toda esta noche.

Dia viernes amaneció en nosotros nuevo susto, por haber visto en los médanos número de gentes á caballo, y haber habido muchos de ellos que se arrojaron dentro de la ciudad y mataron algunos franceses: cada rato teníamos distintas novedades, y porque venían los nuestros con unas malas nuevas (todo en fin de nuestra muerte): murieron dentro de la iglesia algunas mugeres, unas que malparieron, y otras que parieron, y otras que de la congoja y afliccion se quedaron muertas; todas eran lástimas y desdichas cuantas mirábamos: si entraba algun bastimento de bizcocho y agua, era para que les tocara á los pobres palos y golpes, que no cesaba la crueldad con que procedían. En este tiempo se andaba en el ajuste del rescate: á la verdad que cada instante y momento no nos sosegábamos de los rigores que intentaban (todo en fin de sacar mas dinero) que con tener el que había en la ciudad, y aun todavía les parecía poco. De este modo, y con estos rigores, llegó el dia sábado, en que nos dieron el consuelo de que ya se embarcaban y nos dejaban libres, y así se pensaba; mas fué muy al contrario, pues vimos que habiendo visto ellos mucho número de gente á caballo, temieron no les asaltasen, y así, con toda prisa los mandaron recoger y empezaron á sacar todos los hombres de la iglesia, dejando todos los eclesiásticos, que sin duda tuvieron por cierto ya estaban libres de los rigores de esta indómita canalla; mas ya que todos habían salido entró uno dándonos el buen viage, como despidiéndose de nosotros, que no nos dejó de dar algun alegro: luego entró el general á caballo dentro del santo templo y nos llamó del coro y nos dijo á los eclesiásticos que saliésemos para fuera: salimos con algun alegro por juzgar era para bien, y mas cuando dijeron muchos que aunque nos llevasen al embarcadero solo sería á fin de llevarnos por escolta, para que ni los del castillo les ofendiesen, ni los de tierra les embistiesen: con este descuido fuimos muy sin cuidado, aunque con trabajo, con un gran resistidero de sol hasta los Hornos. Luego que salimos de la iglesia vimos los pobres seculares, que no han estado hechos ni aun á cargar lo mas mínimo, cargando petates de harina y zurrones de grana, que necesitaba cuatro cada uno, y aun con notable trabajo, y esto á palos y golpes (cuidados de

5
estos crueles sayones): vimos las calles, que era para llorar con lágrimas del corazon, del modo que estaba todo arruinado, todo tan destruido, todo tan despedazado, y todo tan hediondo y asqueroso, que era una pura compasion y lastima: seguimos nuestro viage, y detras de nosotros venían todas las negras y mulatas, así libres como esclavas, y en la esquina del capitán Martin Roman Nogales nos hicieron hacer alto, donde llegó muy fogoso el general hablando con los suyos, que encarándosenos y con las cuchillas en la mano juzgábamos allí nos querían quitar la vida, y mas cuando los veíamos á ellos tan espantosos que nos atemorizaba su presencia, y fué este parar para que pasasen las mugeres que atras venían, y luego nos hicieron cambiar para los Hornos, viendo en cada calle mil desdichas. Llegamos al embarcadero, donde estando parados aun todavía estaban todos con el engaño, aunque veían embarcar al gobernador y los demas ricos y el vicario y prelados de las tres religiones; pero no fué así, que luego que embarcaron los susodichos, mandaron embarcar los pobres; con que embarcáronlos á todos, y luego fueron embarcando seculares y mugeres hasta las cinco de la tarde, y dieron con todos en la isla de Sacrificios: la gente que quedó hasta las cinco, que fueron algunas ya ancianas y enfermas, habiendo escogido las mas mozas y de mejor cara y todos se embarcaron para los navíos: ya aquí quedamos en Sacrificios.

Dia sábado 21 como á las diez del dia, poco mas ó menos, sería cuando con grandísima aceleracion nos llevaron, temiéndose de la gente de á caballo que en grande número estaba en los médanos; mas fué todo en valde, porque no hicieron mas que meter miedo y no embestir, si bien que los vaqueros por sí hubieran embestidoles; mas quien los gobernaba se halló sin valor, pues á la verdad que algunos que desesperadamente se arrojaron á la ciudad mataron hasta número de veinte franceses. En fin, dieron con nosotros en Sacrificios, una isla muy grande y bien independiente, libre de daño del castillo y de la ciudad: aquí está una bahía, donde la real de España puede estar. A los magnates se llevaron á los navíos, allá hicieron el trato del rescate, que fué de 150D pesos; con que fueron á buscar este dinero, por el camino nuevo D. Juan Vestir, por el viejo Juan Miguel de Asco: el alcalde Francisco Arias y el cantor D. Juan Murueta vinieron á la ciudad para enviar bastimento á la gente de Sacrificios, como con efecto se enviaba, y alcanzábamos lo que se podía, que muchos lo alcanzaban á golpes de cuchilla y mojándose hasta los pechos para llegar al barco: ello era bizcocho y agua, que nos lo quitaban todos los enemigos, que hasta en eso nos hicieron daño.

Sábado, como llevo dicho 21, entramos en la isla, y salimos lunes 30 de dicho mes de mayo, y otros salieron el martes siguiente, porque era mucho el número de gente que había. Querer referir lo que en diez ú once días se pasó de hambre, sed, desnudez, sustos, sobresaltos y desconsuelos, cada instante una novedad, cada momento un pesar; porque la vida siempre la tuvimos al golpe de su cuchilla dispuesta: demas de quitarnos los bastimentos que nos traían los barcos, nos procuraban hacer cuantos males podían: al embarcarnos para la isla nos registraban á todos, allá nos registraban, todo era un puro hurto: no nos hallaban cosa alguna que no nos quitasen; ni aun adonde acos-

tarnos nos dejaron, porque los petatillos que de noche nos servían de cama y de día de sombra, nos los quitaban á fuerza: todo su proceder era con rigores y amenazas. Hay en esta isla un horno de cal, y en él hicieron baluarte ó castillo, donde estaba cada día una escuadra de cuarenta franceses de guardia con su bandera, que tremolaban allí en una sala destechada, que era el polvero: allí metieron al cura vicario, tres prelados de religiones, el gobernador y otros de los magnates que eran hasta diez y siete, que los llamaban los rehenes, donde iban el general y el almirante á tener sus rigores y amenazas sobre que cada día se les antojaba una cosa nueva, como lo fué en decir una tarde que si á otro día á las ocho de la mañana no les tenían toda la grana, aceite, vino y otras cosas que decían eran suyas, que se las habían dejado en la ciudad; y fué forzoso, por las amenazas de que nos habían de cortar las cabezas, despachar persona que recogiese todo lo que pedían, y lo llevasen, como así se hizo. El general herege fino, entre otras cosas que dijo aterrando á los rehenes, fué decirles esta proposición: «para mí no hay Dios, que Dios no me ha dado esto, sino mi valor y mis fuerzas se lo han ganado;» mas Dios nuestro Señor, que á letra vista castiga tales heregias, permitió que luego al punto pagase su culpa, pues habiendo salido del polvero, lugar donde habló estas heregias, se topó en la playa con Lorencillo que hacía papel de almirante, y le reprendió por el rigor demasiado con que nos trató: el general estaba embriagado, con que no le respondió muy al propósito á Lorencillo, que se enfadó y le quitó el baston y se lo tiró á la mar; y arrancaron los espadines, y del primer jurgonazo lo puso patas arriba el almirante al general, y muy mal herido: el almirante envió preso al general á la Francesa, que era la almiranta, y desde este día no volvió á saltar en tierra el dicho general: separaron todas las negras y mulatas esclavas y libres de los hombres, y á todos los negros esclavos los pusieron en ranchos aparte, y allí fueron escogiendo los franceses los esclavos y libres para sí los que querían, buscando los mozos y buenos, y desechando los viejos y enfermos: de aquí se llevaron toda esta gente despartada á sus navíos como dueños de todo, cogiendo tambien á los muchachuelos de ocho á nueve años. Todo fué rigores cuantos pasamos, y sin tener que comer, que muchos hubo, y de los sacerdotes los mas, que no supieron que era comer caliente ni cosa que le fuese provechosa: por amor de Dios se pedía una poca de agua, y aun los sacerdotes á los negros se la pedían de rodillas, y si se arrojaban á quererla coger de los barcos, sin respeto al hábito sacerdocio los molían á palos; pero qué mucho lo hiciesen los hereges, si muchos malos cristianos decían á los sacerdotes, y aun al cura vicario hubo quien se lo dijo, *aquí todos somos unos?* Esto affligía mas: no son decibles los trabajos padecidos, ni lo que se comía y bebía, pues de un pozo que había en la isla de agua salada, bebíamos de aquella agua, que mas abrasaba las entrañas que apagaba la sed. Mucho se habrá padecido en invasiones, pero como en esta no es posible que la haya habido ni la haya en adelante.

Domingo 29, como á las doce del día sería cuando estando en la playa de Veracruz los 1500 pesos que fueron á entregar todos los rehenes, y entregados los dejaron libres en tierra, y todos los demas quedamos aun todavía en la prisión de la isla; y por haberse aparecido la

flota del cargo de D. Diego Sardival, se dieron ellos grandísima prisa á embarcar, sin aguardar á hacer la carne que querían y tenían prevenida en la boca del río de Medellin, de ganado que se había traído de la hacienda de D. Martin Sarmiento. Este día domingo á las cinco de la tarde entró una compañía entera de mas de cien hombres de guardia, y luego vinieron otros cincuenta; con que todo este número de franceses hubo de guardia esta tarde y noche: luego nos quitaron unas chocitas que de los palos y ramas mal formadas habíamos hecho para el abrigo del sol y de la noche, y nos dejaron á campaña raza: de aquí se originaron nuevos miedos en nosotros, ver tanta gente que nunca había entrado de guardia, y el que nos quitasen las chocillas, y ver que andaban ellos muy de fuga y haciendo muchos ademanes con las escopetas, caravinas y alfanges, porque cada uno de ellos traía tres armas de fuego y su espadin ó alfange: en fin, llegó la noche, y con el miedo cada cual procuró enmontarse en la isla procurando los escondrijos: llevaron todos los negros y negras que tenían en sus ranchos á los navíos, sin reservar sino es los enfermos y viejos. Como á las diez de la mañana el día lunes, andaban llamando *totili patres, totili patres, y los patres* todos se escondieron, y solo dieron con un religioso franciscano, otro de la compañía, otro de San Agustin que era el padre prior, y los llevaron abordo juntamente con el gobernador: al amanecer nos hallamos solos en la isla sin ellos, que ya se habían hecho á la vela, de lo que dimos gracias á Dios nuestro Señor, aunque estábamos pereciendo de hambre y sed, porque ni había un pedazo de pan ni un trago de agua. Ya nos hallamos libres de ellos y muy consolados, cuando volvió una piragua, y es que vino á ver si había algunos muchachos y negros que llevarse, y hallaron unos tres ó cuatro que se habían escondido: en esta ocasion nos venían de la ciudad cuatro barcos, dos llenos de bastimento y dos mas para que todos cuatro nos fueran llevando á tierra, mas llegó á tanto su rigor que cargaron con los cuatro barcos, y de los dos echaron la gente nuestra en tierra y se los llevaron y los dos del socorro; con que nos dejaron muertos de hambre, y sin tener con que irnos á tierra: aquí tuvimos nuevas tristezas, desconsuelos y afficciones, viéndonos por entonces sin remedio: ellos con no poco recelo se iban tirando poco á poco para fuera, porque el viento era escaso, y las embarcaciones iban bastantemente cargadas, porque era mucho lo que llevaban, y mas de 30 los negros, negras, mulatos y muchachos, así libres como esclavos: aquí la industria de algunos intentaron hacer una jangada con palos bien amarrados y botijas, y con esto se echaron al mar, de donde salieron con no poco riesgo; si bien que uno que sabía bien nadar, ayudado de dos botijas se echó á nado, y con la ayuda de Dios nuestro Señor salió á tierra, este dió noticia á la gente (que era mucha) que estaba con caballos y refuerzo aguardando á los prisioneros; como no teníamos con qué irnos á tierra por haberse llevado los barcos el enemigo, y como estábamos pereciendo de sed y hambre por no tener alimento de nada; con que luego trataron de aviar un barco que estaba barado, y de solicitar otros y tratar de enviar por la gente, y en este tiempo vino uno de los barcos que había pasado abordo del enemigo para la isla, y traía un vecino de la ciudad que fué con determinacion de traer los religiosos y sacerdotes; y estaba la gen-

te tan desesperada y hambrienta, que por mas diligencias que se hicieron para que dejasen embarcar á los sacerdotes no se pudo conseguir: el barco no podía llegar mucho á la isla, con que el que no se echaba al agua no se embarcaba; y así, como los pobres frailes y clérigos no sabían nadar, no se echaban al agua, y aunque los cargaban en hombros, no era posible llegar al barco: cosa trabajosa y lastimosa fué esta, y no fué el menor trabajo, porque se mojó toda la gente hasta mas arriba de la cintura y no lograba su deseo: la lástima era ver á los sacerdotes, y mas pereciendo de hambre y sed: vinieron otras lanchas, barcos y canoas, y aunque intentaban que se embarcasen primero los sacerdotes y mugeres, no se pudo conseguir; con que ya se tomaba por partido que entrasen los que pudiesen; con que la piedad de muchos cargaban con sacerdotes á cuestras, y unos se embarcaban medio ahogados y todos muy mojados: no fué el menor trabajo este: no se pudo conseguir el traerlos á tierra á todos el día lúnes; ni tampoco llevarles agua y pan hasta ya cerca de noche, con que los que allá estaban bebían á boca de barril y de botija, no piando por otra cosa sino por agua: con esto pudieron pasar la noche del día lúnes, hasta que á otro dia quedaron todos en tierra, de que no cesaban de dar gracias á Dios nuestro Señor: aquí eran los llantos, los gemidos, las lágrimas ya de los amigos, ya de los parientes, de los padres con los hijos, de los hijos con las madres, y el saber de los que habían muerto despues de idos á la isla, que era ver cada uno su casa tan arruinada, tan distraída, tan sucia, tan hedionda, tan asquerosa la iglesia mayor, y (¡ con que lágrimas lo escribo!) mas aseado estaba un muladar, y mejor olfato tenía: ¡ que desdicha! Un asco toda ella, tan sucia, tan hedionda, tan asquerosa, tan inmunda: allí todos hacían sus necesidades por no poder mas: allí dos mil inmundicias, todo un establo de porquerías y basofias: no parecía sino el mas puerco y asqueroso muladar que puede haber; si bien creo no ha de haber lugar otro mas inmundo, aunque al propósito se haga; de suerte que en muchos tiempos no ha de estar la iglesia en su ser de limpieza por mas que la devocion cristiana la ha procurado asear y perfumar con todos olores: los sagrarios todos rompidos, la vidriera de Nuestra Señora de la Soledad hecha pedazos, los cajones y cajas de los ornamentos todos maltratados, las calles de la ciudad toda una misma hediondez. La ruina ha sido la mayor que puede haber habido, ni que se puede decir haya sucedido en los nacidos, y si puede ser no sucederá otra.

El número cierto que se dice vinieron fueron 960, así franceses, ingleses, pichilingues, gallegos, vizcainos, andaluces, mulatos é indios: de todas estas castas y naciones venían. La órden que traían, segun se supo, fué que si fueran sentidos se volviesen á las embarcaciones; que si nó, entrasen, y todos cuantos topasen en calles y ventanas los matasen hasta ganar la plaza, y ganada no hiciesen mal á ninguno. Los muertos que hubo así matados por ellos, como muertos ya de hambre, ya de afliccion, ya yendo al campo, ya por ir á los Hornos, fueron mas de trescientas personas, y de resultas han muerto de las enfermedades que les acarreó el tan horrendo trabajo. Dios nuestro Señor nos sacó con vida para la enmienda.